

Juliana Hermil

MEDITACIONES BREVES

CARIÁTIDES



CADA SER que pasa lleva su tragedia. Nos encontramos a multitudes en las calles. Rostros cerrados, hoscos, soberbios. En ese instante, un mismo soplo de aire nos da aliento. Seguimos con nuestro fardo de cuitas y hasta nos molesta la visión de las gentes. Mas la pena habla: ese que pasa sufre acaso como tú. Volteamos la cara. Su modo de andar, su espalda tal vez ligeramente curvada, el arco de un hombro apenas caído, acusan la amargura recóndita. Y quisiéramos volver para decirle: tu pena es la mía. Ha pasado. El que viene, sin embargo, recibe el reflejo de esa palabra que no pronunciaron los labios.

El egoísmo es el estado normal del hombre. Solamente salimos de él llevados de la mano por las alegrías sobrenaturales y por los dolores que ¡ay! son menos sobrenaturales.

Estaba yo una vez transfigurada de alegría. Me poseía de tal modo la dicha que era goce hasta el res-

pirar. Absorbía en el aire el aliento de todas las flores del mundo; el cielo fulguraba como si en el medio día brillasen con el sol todas las estrellas del universo. Tan pequeña era yo para mi felicidad, que no podía contenerla y se me iba en ondas de amor a cuanto me rodeaba. A la gente que por cualquier motivo fútil hubo de hablarme ese día, le encendí una esperanza de alivio; le restañé—sin mencionársela—alguna herida. Y me imaginaba que el dolor estaba desapareciendo de la faz de la tierra.

Salí de mi egoísmo habitual, de esa atmósfera gris en que vivimos diariamente y en la que apenas brillan como estrellas fijas, las amistades que nos acompañan en nuestro peregrinaje.

Y hoy que la pena me roe, también se extiende en tentáculos de fraternidad esta alma egoísta. Los vestidos del prójimo ya no le cubren con una capa impenetrable. Puede referirme las banalidades con que nos parapetamos de las curiosidades malsanas de las gentes; podemos conversar de esos fuegos que encendemos en el corazón para alejar en nuestras noches las fieras de la angustia interior. ¡Yo sé muy bien lo que esconden! Comprendo su pena que no me va a decir; su amargura que no se revela ni a sí mismo; la decepción que no se atreve a tocar. Sin hablarle, le extiendo mi mano, esa mano fraterna que auxilia, porque sabe que vamos sin amparo. . . .

Me siento hermana de las gentes que tienen el pudor de sus emociones. Comprendo a aquellos seres que sólo lloran cuando están solos consigo o con las personas que son como una parte de su sér. Mostrar a extraños el dolor me produce la misma repugnante impresión que la del mendigo mutilado que para recaudar una limosna, exhibe sus llagas.

Lafcadio Hearn en ese libro perfumado de ternura que se intitula *Kokoro* cuenta que la sonrisa es el he-

roísmo nipón. Piensan los hijos de los samurais que no es de gentiles hombres amargar con los propios quebrantos la serenidad ajena. Acaso están preparando el sable del harakiri, pero la sonrisa ha de lucir en el rostro. No es hipocresía; es pudor; es fraternidad, comprensión de que el fardo que casi todos soportamos es pesado y que no hay derecho a aumentar su gravedad con la visión de otras amarguras.

Sobre la mueca del dolor, clavan la cariátide de la sonrisa. Sonriamos, ahora que el dolor nos ha hecho menos egoístas...